



ROMANCE MISTICO
**DE LA PORTENTOSA VIDA DE SAN ONOFRE,
REY Y ANACORETA.**

PRIMERA PARTE.

*Relacion peregrina de este muy virtuoso y esforzado Monarca: dáse
cuenta de sus batallas y demás sucesos de su vida;
como lo verá el curioso lector.*

A la Reina de los cielos,
Emperatriz soberana,

fuelle de amor y dulzura,
rio de bondad y gracia,

piélago de perfecciones,
 tranquilo mar de bonanzas,
 iris de serenidades,
 lucero de la mañana,
 del cielo norte seguro,
 á cuyas sagradas plantas
 aladas inteligencias
 de humillarse forman gala,
 constituyéndole trono
 las potestades mas altas:
 á la que por privilegio
 fue concebida sin mancha,
 bendita entre las mugeres,
 hija de Joaquin y Ana,
 á quien sirve el sol de manto,
 y la luna hermosa y clara
 se ofrece á sus pies menguante,
 que al verla su luz desmaya:
 á la azucena mas pura,
 Virgen Madre immaculada,
 que en candideces excede
 á los albores del alba,
 pues lo es del Sol de justicia,
 que nació de sus entrañas:
 á esta pues divina Aurora,
 Madre de Dios soberana,
 refugio de pecadores,
 y amparo de nuestras almas,
 le pido humilde y postrado,
 me dé su bendita gracia,
 y alumbre mi entendimiento,
 mientras mi lengua declara
 la historia mas admirable
 que se ha escrito ni se halla.
 Hubo en el reino de Hungría
 un Rey de gran nombre y fama,
 al cual llamaban Teodor,
 cuyo valor celebraban,
 por sus heróicas virtudes
 era su vida admirada,

siendo norma de perfectos,
 y espejo en quien se miraban
 sus grandes y sus vasallos,
 por lo bien que los trataba.
 Era afable y limosnero,
 y tambien su esposa amada;
 casaba muchas doncellas,
 las huérfanas amparaba,
 á todas dándoles dote,
 con que su vida pasaran.
 Pedian á Dios continuo
 en sus oraciones santas,
 que les diese sucesor
 que la corona heredara.
 Oyó Dios su peticion,
 que la oracion mucho alcanza,
 y les dió un infante hermoso,
 al padre una semejanza,
 y en el sagrado bautismo
 de nuestra Iglesia romana,
 que con grandísimas fiestas
 y regocijos le daban,
 le ponen por nombre Onofre,
 y con doctrina muy santa
 se fue criando este niño,
 con la debida enseñanza
 que á un buen Rey pertenecia
 de virtudes tan colmadas,
 dándole buenos maestros,
 que en las letras y en las armas
 lo adiestrasen, porque sepa
 jugarlas bien en campaña.
 En pocos años dió muestras
 de la sangre real que esmalta
 su noble esforzado pecho,
 aspirando á empresas altas.
 Era afable y cariñoso,
 de prendas muy realzadas,
 caritativo con todos,
 por lo que mucho le amaban.

Llegó á cumplir quince Abriles,
cuando la horrorosa parca
quitó la vida á sus padres,
y á Onofre por Rey aclaman.
Era querido de todos,
por lo bien que gobernaba
el reino, sin que tuvieran
queja de cuanto mandaba.
Mas la inconstante fortuna
muy presto tuvo mudanza,
y fue que el Persa soberbio,
lleno de ambicion tirana,
con cien mil hombres salió
tomando á Hungría la marcha,
para ganar aquel reino
con poder de gente y armas,
y cerca de la ciudad,
corte donde el Rey se hallaba,
con su poder invencible
llegó á dilatar sus marchas.
Supo Onofre su venida,
y con su ejército y armas
le ha salido á recibir
con valerosa arrogancia
dos leguas de la ciudad,
donde el Persa se acampaba.
Luego al instante que Onofre
con su enemigo encontraba,
se formó tan cruel combate,
y tan sangrienta batalla,
que al chocar unos con otros,
quebrando las gruesas lanzas,
las espadas en las manos,
con golpes despedazaban
las finas armas bruñidas,
y cada cual procuraba
el triunfar de su enemigo,
para llevarse la palma.
Otra cosa no se oía,
sino gritos y algazára,

golpes de los que embestian,
voces de los que acababan.
Alli el caballo soberbio
á su dueño derribaba.
y entre quejas y lamentos
daba su vida á la parca.
Allí procuraba el otro
vengar su cólera y rabia,
y la muerte del amigo
que en su presencia finaba.
Unos por la libertad
su vida sacrificaban,
y tros por ganar honores
á los riesgos se arrojaban,
por hacerse memorables
en los ecos de la fama.
Muchos para defenderse
con maña industriosa armaban
trincheras de cuerpos muertos,
que sirviesen de muralla;
corriendo por todo el campo
con horror la sangre humana
en caudalosos arroyos,
pues las aceradas lanzas
y relucientes cuchillas
continuo la derramaban.
En aqueste tiempo Onofre
con su caballo se entraba
donde advertia flaqueza,
y al valor estimulaba
con su ejemplo á los soldados
que desmayados andaban,
y con la espada en la mano
á su gente la animaba.
Toda la noche duró
esta sangrienta batalla,
y así que amaneció el dia,
y advirtió Onofre que estaban
los mas de los suyos muertos,
y que pocos le quedaban,

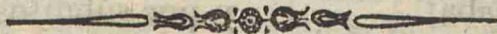
cuidadoso se retira,
 y de la ciudad se ampara,
 pensando estar mas seguro,
 con pocos que le acompañan.
 Mas el tirano triunfante
 con la victoria alcanzada
 muy orgulloso y soberbio,
 que cerquen la ciudad manda,
 porque el Rey no pueda huir;
 con cerco los estrechaba,
 porque presto se rindiesen,
 y astuto solicitaba,
 para cantar la victoria
 completa que deseaba,
 con promesas de gran premio,
 de que á Onofre le entregaran
 en sus manos muerto ó vivo.
 Mas la codicia tirana
 vence el corazon mas fuerte,
 si acaso en él halla entrada,
 y así hubiera sucedido
 con Onofre, que intentaban
 pérfidos y cautelosos
 ejecutar tal infamia;
 mas no quiso Dios piadoso
 que este su intento logran,
 dió aviso á Onofre que huyese
 con presteza y vigilancia.
 Y en un ligero caballo,
 solo, sin llevar compañía,
 se escapó sin que lo vieran,
 ni nadie se lo estorbara.
 Se metió por unos montes,
 por sendas poco trilladas,

caminando cuatro dias
 por entre breñas y jaras.
 Por fin llegó á la ciudad
 de Hermópolis afamada,
 sin dar cuenta de quien era,
 desconocido se hallaba.
 Y aunque alguna vez Onofre
 entre sí consideraba
 la pérdida de su reino,
 y por muy fácil hallaba,
 volviendo otra vez á él
 con gente que le ayudara,
 restaurar su monarquía,
 nunca se determinaba.
 Por inspiracion divina
 y luces que Dios le daba,
 conociendo de este mundo
 los riesgos, las pompas vanas,
 deslealtades y envidias,
 sus estragos y mudanzas,
 huir su engaño dispuso,
 y á un monasterio llegaba
 de monjes, y al abad pide
 con muy humildes palabras,
 le dé el hábito de monje,
 sin que le manifestara
 su calidad y nobleza;
 y sin detenerse en nada
 se lo dió el abad gustoso
 con caridad muy cristiana:
 adonde lo dejaremos,
 y en otra segunda plana
 al auditorio prometo
 decir lo demás que falta.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

*En que se prosigue la penitente vida y dichosa muerte
de este bienaventurado Rey y anacoreta.*



Ya dije que quedó Onofre muy contento en el convento dándole gracias á Dios y á la Reina de los cielos, que con su divina luz alumbró su entendimiento, para dejar las grandezas, las pompas, galas y reino, para seguir de la gloria el camino verdadero, haciendo gran penitencia, y siguiendo los preceptos que los monjes observaban, con muchísimo contento. Continuando los estudios, ya que estuvo bien dispuesto, se ordenó de sacerdote, y celebrando el misterio sacrosanto de la misa, gozó favores supremos y dulzuras con que Dios suele regalar sus siervos: mejores que las coronas y grandezas de los reinos, que están llenas de amarguras, de quebrantos y desvelos. Era ejemplo de los monjes por su gran recogimiento.

y observancia de la regla en los ayunos y rezos, silicios y disciplinas: era un ejemplar espejo donde todos se miraban, por lo sabio y lo discreto, virtuoso y apacible, cariñoso y albagüeno, con que se daba á querer de todos sus compañeros. Murió á este tiempo el abad que gobernaba el convento, y despues de las exequias y concluido el entierro, se juntan todos los monjes, para elegir con acierto otro abad que gobernase con su doctrina y ejemplo los monjes, para que fuese el monasterio de aumento de virtudes, y acordaron que fuese Onofre el electo. Nombráronle por abad, y todos con gran contento le prestaron la obediencia, dándole gracias al cielo, que les dió tan buen Prelado de santidad y gobierno.

Para corregir las faltas
fue tan prudente y tan cuerdo,
que siempre correspondía
la reprehension á los genios,
procurando, siendo oculta,
amonestar en secreto.

A todos pues los trataba
con cariñosos afectos,
procurando el exhortarlos
á la regla y cumplimiento
de los santos ejercicios
con su doctrina y ejemplo,
porque Dios fuese servido
con amor muy verdadero.

De esta suerte se portaba
Onofre en su ministerio,
cuando el demonio envidioso,
armando trazas y enredos,
quiso derribar la torre
de edificios tan supremos,
y dar con ella por tierra
con rabia, furor y esfuerzo;
pero Dios le defendió,
usando su amor inmenso
de caridad con Onofre:

fue de esta suerte el suceso.
Ciertos monjes se irritaron
indignados y soberbios,
sin tener motivo alguno,
contra Onofre, y dispusieron
con gran secreto y sigilo
darle muerte con veneno.

Mas no quiso Dios piadoso
consentir tal desacierto,
que estando diciendo misa,
se manifestó halagüeño
Cristo en la sagrada hostia,
y con amor fino y tierno
le dice: querido Onofre,
deja al instante el convento,

que algunos monjes intentan
darte muerte con veneno;
sin darte por entendido
te entrarás por los desiertos,
adonde yo te daré

ángeles por compañeros,
y por súbditos las fieras,
que estarás mejor con ellos.
Se encubrió su Magestad,
concluyó Onofre el misterio
sacrosanto de la misa

y se fue al recogimiento
de su celda muy alegre:
escribió luego al momento,
sin darse por entendido,
una carta, así diciendo:
que eligieran otro abad
que gobernase el convento,
que él queria retirarse
á vivir en los desiertos.

Y encima de un escritorio
la dejó, y dispuso luego
su viaje, y á la noche,
amparado del silencio,
se salió sin que lo vieran,
sin llevar para el sustento
mas que pan y unas legumbres.
Así que dejó el convento,
no hubo andado cuatro pasos,
vió delante los reflejos
de una luz que lo guiaba,
y concibiendo algun miedo,
oyó una voz que le dijo:
Onofre, no tengas miedo,
el ángel soy de tu guarda,
que te guió á los desiertos,
y al lugar donde Dios quiere
que tengas recogimiento;
sigue mis pasos, no temas,
que yo soy tu compañero.

Con esto Onofre gozoso
 caminó alegre y contento
 por entre montes y selvas
 con tan lindo compañero
 cerca de cuarenta leguas,
 y entre unos montes espesos
 descubrió una cueva grande,
 y en aquel instante mismo
 desapareció la luz,
 y le ha salido al encuentro
 un anciano venerable,
 de larga barba y cabello
 y mas blancos que un armiño,
 y con semblante risueño
 dijo: bien venido, Onofre,
 que vienes á estos desiertos
 á servir al Criador.
 Y habiéndole dicho esto,
 tomándolo por la mano,
 lo entró en la cueva al momento:
 sentáronse á platicar
 de la vida del desierto,
 y los santos institutos,
 las reglas y los preceptos
 que observan los ermitaños
 que moran en los desiertos.
 Dijole á Onofre: agradece
 tan grande favor al cielo;
 estarás en mi compañía
 hasta que estés bien dispuesto,
 y luego que ya lo estés,
 yo te llevaré á otro puesto,
 que es una cueva que está
 en lo interior del desierto.
 Pasados algunos dias
 le dice: Onofre, ya es tiempo,
 que así Dios lo determina,
 ven conmigo, compañero.
 Caminaron muy alegres,
 llegaron al sitio y vieron

una palma muy hermosa
 á orillas de un arroyuelo,
 y junto á ella una cueva,
 y el ermitaño alhagüeno
 le dice: querido Onofre,
 este es el recogimiento
 que Dios te tiene guardado
 para tu casa y asiento.
 Se despidió el ermitaño,
 quedó Onofre muy contento
 en la vida solitaria,
 sin tener para el sustento
 mas que las yerbas del campo,
 y la palma en ramos bellos
 de dátiles producía
 doce racimos, que estos
 para cada mes el suyo
 le servian de sustento.
 El santo ángel de su guarda,
 diligente y placentero
 todos los dias traía
 un panecillo pequeño,
 con el que Onofre tenia
 cotidiano su remedio.
 El tiempo que allí vivió,
 sufriendo soles y hielos,
 son sesenta años, morando
 solitario en aquel yermo;
 y por superior instinto
 fue á recorrer los desiertos
 un monje, que fue Pafnucio,
 descubrióle, y se fue huyendo,
 por parecerle una fiera,
 cubierto todo de bello.
 Onofre postrado en tierra,
 le pidió rendido y tierno,
 quisiese venir á hablarle,
 y Pafnucio ya sin miedo
 vino á él, y muy humilde
 Onofre, fue por extenso

refiriendo de su vida los singulares sucesos, su mucha necesidad en la inclemencia del tiempo, su abstinencia y ejercicios, su constancia, sus afectos y conformidad con Dios, y los favores del cielo, porque á los demás sirviese de estímulo y de modelo. A poco de haber hallado á Onofre, vino ya el tiempo que pasase de esta vida á gozar premios eternos al alcázar de la gloria, y los ángeles vinieron, y recibiendo su alma con alegría y contento, con cánticos muy sonoros á los cielos la subieron. Pafnucio quiso habitar aquel sitio, pero luego

que enterró el cuerpo de Onofre, se hundió la cueva, y muy presto la palma que á Onofre dió su fruto por tanto tiempo, por sí misma se arrancó; y reconoció por esto, no ser voluntad de Dios, habitase otro aquel puesto, donde Onofre consiguió vivir y subir al cielo: á quien humilde suplico, perdone mi rudo ingenio, y que me alcance de Dios luz, gracia, favor y acierto, para servirle y amarle, y despues verle en el cielo, gozándole eternamente, que es lo que pedir debemos. Y José Diaz humilde al auditorio discreto pide perdon de las faltas que tuvieren estos versos.

FIN.

CON LICENCIA: EN VALENCIA.



Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, número 24, donde se hallarán otros diferentes, comedias antiguas y modernas, sainetes, entremeses, y varios papeles sueltos.